

VII.

IXCAPA

13 DE AGOSTO DE 1857

Nada extraordinario ocurrió en el Estado de Oaxaca por espacio de algunos meses; pero la República estaba en conmoción. El partido conservador, apoyado y dirigido por el clero, había encendido la guerra civil, exaltado por la promulgación de la ley de nacionalización de 25 de junio de 1856 y muy especialmente por la Constitución de 5 de febrero de 1857, proclamando en sus planes revolucionarios los principios de religión y fueros. El incendio llegó al fin al Estado de Oaxaca y en julio de 1857 se pronunció en el Distrito de Jamiltepec el Coronel Don José María Salado. El Gobierno del Estado ordenó que fuese a atacar a los pronunciados una columna de guardia nacional y este servicio tocó al segundo batallón.

Salimos a la campaña, la compañía de granaderos, la 2a. de mi cuerpo mandada por el teniente Don José María Ramírez que fué después Gobernador del Estado de Chiapas y que estaba agregada al segundo batallón, sin formar parte de él. Mi compañía estaba completa y lista, pues aun no hacía un mes que la había formado entresacándola de las demás y tendría cien hombres: la 2a. compañía, tenía sesenta, y la de Ejutla era un piquete como de cuarenta. Estas fuerzas se pusieron a las órdenes del Teniente Coronel Velasco.

Recibidas nuevas noticias de la revolución, que le daban aspecto más serio, el Gobernador dispuso que se nos incorporara el Mayor Montiel con la compañía de cazadores del segundo batallón, que tendría otros cien hombres, y por combinación con

el General Don Juan Alvarez, nos debía auxiliar el Teniente Coronel Nicolás Bustos con 100 hombres de guardia nacional del Estado de Guerrero.

Cuando hacíamos nuestra marcha para incorporarnos al Teniente Coronel Bustos o para proteger su incorporación, se nos interpuso entre Santa María Ixcapa y Cuajinicuilapan, del Distrito de Ometepec, el Coronel Salado con su columna de 700 hombres, armados todos con fusiles sin bayoneta, y además, como armas de carga, con machetes de los que se usan en el Sur, y nos obligó como a las dos de la tarde del día 12 de agosto de 1857, a combatir con él, antes de que se nos incorporase Bustos, quien estaba como a diez o quince leguas de distancia y el enemigo, según informes de nuestros exploradores, se encontraba a menos de una milla, emboscado en el camino que debíamos seguir.

Después de un corto descanso que tomó nuestra columna en el pueblo de Ixcapa, el Teniente Coronel Velasco, fué con algunos cabos y sargentos a reconocer al enemigo desde una altura vecina que indicó el Alcalde del pueblo. Mientras el Teniente Coronel ejecutaba esa operación, el Mayor ponía todo nuestro personal en actitud de defensa y de recibir órdenes. Cuando regresó Velasco, nos manifestó con alguna imprudencia, porque lo hizo delante de la tropa, que el enemigo era muy superior a nuestras fuerzas y que era necesario retirarse sin combatir, porque de seguro seríamos derrotados si presentáramos acción. Como el piquete que llevó Velasco a la colina, disparó algunos tiros de fusil sobre el enemigo, notó éste que había sido descubierto, y emprendió decididamente su marcha sobre nosotros. Así fué que cuando el Teniente Coronel ordenaba una contramarcha, y yo le manifestaba los inconvenientes de ese movimiento, que veía claramente sería la destrucción de nuestra pequeña columna, el enemigo cortó la discusión presentando su grueso por el camino Nacional y metiendo una columna por una vía transversal que le permitió entrar al pueblo sin ser vista por nosotros. En esos momentos dirigí a mi compañía algunas palabras de exhortación, recordándole su protesta a nuestra bandera, con las que procuré exaltar su orgullo militar un tanto abatido por la opinión imprudentemente manifestada de mi Teniente Coronel, y sin esperar sus órdenes mandé armar y calar bayoneta y la puse en marcha, al trote, sobre el enemigo. Hizo lo mismo el Teniente Ramirez, Comandante de la compa-

ña de Ejutla, y los dos jefes quedaron con el resto de la fuerza en observación de lo que nos pasara.

Antes de chocar con la columna que descendía de la colina y al pasar por una de las boca-calles del pueblo, apareció por la derecha y a cortísima distancia, la otra que había penetrado por la izquierda del enemigo, la cual mandaba el Coronel Don Pedro Gazca. Tuve, pues, que chocar primero con la de la derecha, que con la que era objeto de mi mancha al iniciarla. En los primeros disparos que mediaron entre mi columna y la enemiga, fui atravesado de la última costilla falsa de la izquierda, a la fosa iliaca derecha, siendo esta perforada cerca de su cresta superior, y sin haber atravesado la bala los intestinos, pues que dó entre ellos y el trayecto de la bala una lámina muy delgada, lo cual me originó una peritonitis aguda. El tiro me derribó, pues fué tan cerca que quedaron incrustados en el tejido de mi ropa, algunos granos de pólvora, ocasionándome, los que venían en combustión, ligeras quemaduras; pero me repuse violentamente y como lo exigía la presencia del enemigo, me levanté—estimulé a mis soldados y pusimos en fuga a esa columna que ya no regresó por donde había venido, sino que fué a unirse con la que venía de frente mandada por Salado.

En ese momento y mirando el éxito que sobre la columna de Gazca habían obtenido las compañías de granaderos y de Ejutla, se vino el resto de nuestra columna con los principales jefes, rápida y marcialmente, con todo el brío que inspira la primera vuelta del enemigo. La vista de este movimiento a la vez que nuestra carga a la bayoneta hizo voltear la cara al enemigo, no obstante que ejecutamos esta maniobra ascendiendo la colina. La carga se daría en una extensión como de 700 metros. Una vez en la cima y no pudiendo ya andar más, mandé hacer alto a mi compañía y volví a surtir sus cartucheras, en previsión de una media vuelta del enemigo. Procedí así sin orden de mi jefe, porque me pareció que era lo más prudente, y porque sabía que contaba con su buena voluntad, permonecí a la expectativa.

En su retirada ocasionada por nuestra vigorosa carga, el enemigo tuvo que pasar el Río Verde, y allí perdió mucha gente pues aunque había canoas suficientes para conducir a todos en una retirada ordenada, la suya no tuvo ese carácter. Los primeros que ocupaban una canoa se salvaban, sin esperar a que llegaran otros para llenarla, y los que llegaban después y en desorden ya no encontraban en qué pasar el río, y, o se ahogaban

si pretendían pasarlo a nado, o morían a consecuencia de nuestras balas, o de la voracidad de los caimanes que abundaban en el río.

En el primer choque murieron Pedro Gazca y José María Salado. Este último más valiente que el primero, se nos vino encima con machete en mano; y al pegar al sargenso de mi compañía, Anastacio Urrutia, un machetazo en la cabeza que le abrió el cráneo, de cuya herida sobrevivió, le disparó Urrutia a quemarropa su fusil que estaba cargando y sin haber tenido tiempo de sacarle la baqueta, lo pasó con ella y con la bayoneta, quedando muerto Salado.

Al regresar los jefes con el resto de la columna, al lugar en donde yo había permanecido, nos informaron que todo había concluido; que el enemigo huía decididamente, perdiendo mucha gente en la persecución, la mayor parte ahogados en el río, y los que por ser buenos nadadores lograron pasarlo, no pudieron llevarse sus rifles, y habían quedado por lo mismo completamente desarmados.

Al día siguiente se nos incorporó Bustos y entonces el Teniente Coronel Velasco siguió con la columna para Jamiltepec y todos los heridos quedamos en el pueblo de Cacahuatpec, como a dos millas de Ixcapa, que parecía ofrecer más recursos que este.

El día de la batalla, el Mayor de mi Cuerpo, Lic. Montiel, que en su juventud había hecho algunos estudios de medicina, me apicó por toda curación hilas secas en forma de lechinos o tacos para detener la hemorragia. Al día siguiente el señor Don Nicolás Arrona, cura que era de Cacahuatpec y que había sido mi maestro de latinidad, me informó que existía en ese pueblo, un indio que hacía curaciones tópicas y que entendía algo de medicina. Efectivamente acudió a mi presencia ese indio que fundaba su atrevimiento para curar, en los conocimientos científicos que creía haber adquirido en el hospital de San Cosme de Oaxaca, cuando estuvo algunas semanas en ese establecimiento en calidad de preso por ebrio, pero como por lo pronto sufría mucho e ignoraba los antecedentes de ese individuo le permití que me hiciera la primera curación que se redujo a aplicarme un unguento que él confeccionó con resina de ocote, huevo y grasa, el cual me produjo tan abundante supuración, que ella hubiera bastado para matarme si no acude a mi auxilio un médico.

El Sr. Juárez, que comprendió la falta que teníamos los no

ridos de un buen facultativo, ordenó al Dr. Esteban Calderón, Juez de Tlaxiaco, que por la posta se pusiera en marcha con las medicinas necesarias, hasta donde encontrara nuestro improvisado hospital de sangre, es decir hasta Cacahuatpec. Yo, que ignoraba esa disposición del Gobierno, y sentía ya la falta de médico y la necesidad de curación para todos los heridos, dispuse que emprendiéramos la marcha para Oaxaca, unos en camilla y a caballo los que podían montar. Así se efectuó y a poco de haber salido de Cacahuatpec encontramos al Dr. Calderón, quien calificó nuestra determinación de muy imprudente a la vez que de muy audaz; nos estableció a todos en la Hacienda del Pié de la Cuesta propiedad de Don Venancio Merás, cuyo administrador era un Oaxaqueño, amigo personal mío y del médico.

Después de diez y ocho días de permanencia en dicha Hacienda, cuyo tiempo aprovechó el Dr. Calderón para preparar la curación de todos los heridos, y después de varias operaciones dolorosas que me practicó en busca de la bala, sin encontrarla, emprendimos la marcha para Tlaxiaco, que distaba cosa de veinte leguas, a donde llegamos a los tres días. Lo malo de los caminos y lo lluvioso del tiempo, hizo que en una de las marchas resbalaran y me soltaran los cargadores que me llevaban en silla de manos, y eso me decidió a montar a caballo, adicionando mi montura con almohadas para llevar cómodamente la pierna derecha que se resentía mucho de la perforación de la fosa ilíaca. Permanecimos en Tlaxiaco quince días y de allí me fuí a Oaxaca, a donde llegué en la noche del 30 de septiembre de 1857.

El Dr. Calderón me había hecho dos incisiones en busca de la bala; una por la región abdominal y otra por el cuadril derecho. La segunda incisión me hizo mucho bien, porque permitió la salida de gran cantidad de pus y de varias esquirlas que si hubieran permanecido más tiempo sin salida habrían puesto pronto fin a mi existencia.

La conducta observada por los jefes de esa acción desagradó mucho a los oficiales de la fuerza, quienes escribieron a sus amigos y familias residentes en Oaxaca, censurándolos duramente y hasta tachándolos de cobardía. Esas cartas llegaron a conocimiento del Sr. Juárez, en cuyo ánimo influyeron, al grado de que no publicó el parte de la acción, sino después de que yo le di informes imparciales respecto de ella, esto es, que al principio se resistían los jefes a atacar al enemigo; pero que cuando vieron el éxito de mi compañía y la de Ramírez, lo hicieron con todo el brío de que eran capaces.

VIII

PRIMER SITIO DE OAXACA
ESQUINA DEL CURA UNDA

8 DE ENERO DE 1859

Entretanto, el primer Congreso Constitucional se había reunido en septiembre de 1857, y el General Comonfort, electo Presidente, había inaugurado su nueva administración el 1.º de diciembre siguiente; pero por desgracia y cediendo a influencias malignas del partido conservador y de pocos liberales visionarios, disolvió el Congreso el 17 del mismo mes, y proclamó la dictadura, cambiando así sus títulos de Presidente Constitucional por el de jefe de aonada. El partido conservador lo arrojó a poco de la capital y quedó en posesión de ésta hasta el 24 de diciembre de 1860.

Juárez había sido electo presidente de la Suprema Corte de Justicia, lo que le daba el carácter de Vice presidente, y había sido nombrado por Comonfort, Ministro de Gobernación al inaugurar su período constitucional. Cuando Juárez salió de Oaxaca, fué nombrado Gobernador del Estado el Sr. Lic. Don José María Díz Ord. Al dar Comonfort su golpe de Estado, arrestó al Vicepresidente de la República, quien fué puesto en libertad cuando los conservadores arrojaron de la capital a Comonfort, y entonces Juárez estableció el gobierno constitucional sucesivamente en Querétaro, Guanajuato, Guadalajara y al fin en Veracruz, en donde permaneció hasta enero de 1861 que volvió a México.

A poco de mi regreso a la ciudad de Oaxaca, después de la acción de Ixcapa, salió el Mayor Montiel con una partida de mi Cuerpo, y eso hizo que me encargara yo del detall del batallón, por cuyo motivo y teniendo aún dificultad para andar, establecí mi habitación en el cuartel donde estaba la Mayoría, esto es, en el Convento de Santo Domingo.

Encontrándome allí, y todavía impedido, se acercó una columna a las órdenes de Don José María Cobos que los conservadores mandaron de México sobre Oaxaca. Cobos ocupó la ciudad, y estableció su cuartel general en el Palacio del Estado, y el Gobernador con las guardias nacionales a las órdenes del Coronel Don Ignacio Mejía, se refugió en los conventos de Santo Domingo, el Carmen y Santa Catarina, que fueron sitiados por las fuerzas de Cobos. En momentos en que el Gobernador Díaz Ordáz y el Coronel Don Ignacio Mejía discutían en mi presencia los medios de defensa de la ciudad y se lamentaban de que había pocos oficiales disponibles, les manifesté que podía disponer de mí, no obstante que tenía todavía abiertas mis heridas. Aceptaron mis servicios y me nombraron Comandante del fuerte de Santa Catarina, convento cercano a Santo Domingo, que se me entregó para defenderlo, y que como lo exigían las circunstancias, yo debía convertirlo en fortaleza; el Coronel Díaz Ordáz, Gobernador del Estado, tomó a su cargo la defensa de Santo Domingo, y al Coronel Don Cristóbal Salinas se encomendó la defensa del Carmen.

Como mi compañía era una de las maniobreras y debió por lo mismo utilizarse para las salidas que se ordenaran, no conté con ella al posesionarme del Convento de Santa Catarina, sino que se me dió un piquete de Guardia Nacional de Ocotlán a las órdenes del Capitán Don Ramón del Pino; otro de la Guardia Nacional de Tuxtepec a las órdenes del Subteniente Don Marcos Carrillo, quien después llegó a ser General, y otro de caballería desmontada de Jallacatlán a las órdenes del alférez Don Vicente Bolaños, actualmente Teniente Coronel en depósito, formando todos un total de 60 hombres. Con esta fuerza fortifiqué el punto a mi manera, pues entonces conocía yo poco de este arte, establecí una comunicación cubierta con el Convento de Santo Domingo y puse mi posición en buen estado de defensa.

Cuando ya contábamos más de veinte días de sitio y la demoralización y falta de municiones de guerra y de boca,

comenzaban a producir sus efectos, averigué que una de las barricadas que el enemigo había puesto en la esquina llamada del Cura Unda, frente a mis posiciones, era en su mayor parte de sacos de harina y salvado. Esto me inspiró la idea de que dando un ataque súbito y vigoroso a esa trinchera, podríamos apoderarnos del material de que se componía. Propuse en consecuencia al Gobernador Díaz Ordáz, que con el sigilo debido se diera el asalto a esa trinchera y la manera como creía yo que podía hacerse con buen éxito. El señor Díaz Ordáz desechó primero por completo mi idea; pero probablemente se la comunicó en seguida al Coronel Don Ignacio Mejía, y acaso por indicación suya me mandó llamar dos horas después, y me ordenó hablara sobre ese asunto con el Coronel Mejía para ejecutar el movimiento que yo proponía o para contestar las objeciones que él me hiciera. El Coronel Mejía aceptó mi plan se quedó con mis apuntes que comprendían una combinación de toques para comunicarnos, sin que nos entendiera el enemigo.

Convenimos, pues, en que ese momento, que serían las 10 de la noche, saldría yo de nuestra línea con 25 hombres de mi compañía, a horadar la manzana contigua, y pasando por varias casas de esa manzana, llegaría a ocupar las ventanas de la última casa, que quedaban a la retaguardia de la trinchera indicada, que por descuido no había ocupado el enemigo; y que al llegar yo a esa casa, esto es, a la retaguardia del enemigo, me auxiliaría una columna de Santo Domingo.

Este auxilio consistiría en sacar desde la media noche; a la esquina de la Perpetua, dos compañías; la de granaderos del primer batallón y otra del segundo, que era la mía; tirotear desde allí constantemente al enemigo, para que obligándolo a contestar el tiroteo, no oyera el ruido que yo pudiera hacer con el trabajo de perforación de los muros. De las dos compañías que debían situarse en la esquina de la Perpetua, la mía que era la de granaderos del 2o. batallón, debía avanzar por toda esa calle y la del Cura Unda hasta desalojar la fuerza que se encontraba en la calle transversal y en la tienda, a la cual yo batiría por la puerta de la trastienda. La señal para que mi compañía emprendiera sus operaciones al trote, sería una granada de mano que yo arrojaría por encima de las azoteas y que reventaría en la calle. Debía situarse en la trinchera nuestra de Santa Catarina, todo el presidio con su correspondiente escolta, para acarrear en hombros,

los bultos de harina que formaban las trincheras, al perímetro sitiado, luego que yo las tomara.

No se me dieron los 25 hombres de mi compañía, sino de fuerzas irregulares, completándolos hasta con serenos que no tenían organización militar. No obstante que di en su oportunidad la señal convenida, no se movieron las compañías de la calle de la Perpetua, sin duda porque las instrucciones que habían recibido del Coronel Mejía no fueron bastante claras, pues tanto los soldados como los oficiales de esta compañía eran de mucho brío y deseaban auxiliarme.

Sin embargo de que no se me mandaron los 25 hombres de mi batallón, en la noche del día 7 de enero de 1858 emprendí mi movimiento, comenzando por horadar los muros, que en su totalidad era de adobe, para lo cual empleaba agua e instrumentos de carpintería, a fin de evitar el ruido que habrían hecho las barretas. Como en cada una de las casas que horadaba, tenía que dejar un hombre en el patio y otro en la azotea para cubrir mi retirada, cuando llegué a la última casa apenas me quedaban trece hombres. La tienda de esa última casa estaba ocupada por el enemigo, quien tenía también un destacamento en la trinchera que daba frente a Santa Catarina. Al terminar la horadación cayó el pedazo de tapia que la descubría y Don José M. Cobos, que momentos antes visitando su línea, había tenido necesidad de entrar hasta el segundo patio y a la sazón se encontraba encerrado en un común, habiendo dejado a sus ayudantes en la tienda, vió que, por la horadación que apareció instantáneamente a su frente, entraban soldados y encontró prudente permanecer en su escondite.

Pasados mis soldados y formados en el segundo patio, avancé al primero y encontrando en él a una joven, la encerré en un cuarto para que no diera aviso al enemigo, y me dirigí a la trastienda, cuyas ventanas daban a la espalda de los defensores de la trinchera. Los desalojé a los primeros tiros y se replegaron al destacamento que estaba en la tienda y que servía de reserva a la trinchera. Tuve que sostener un combate en la puerta de la trastienda que comunicaba con la tienda, puerta de difícil acceso porque a poco de haber comenzado la refriega se hacían acumulado en su dintel los cadáveres de los combatientes de una y otra parte. Después de media hora de combate y cuando ya me quedaban pocos soldados disponibles, toqué diena que, según mi combinación

de que había dejado copia al Coronel Mejía, significaba que necesitaba yo refuerzos y municiones; pero el Coronel Mejía no me oyó o no entendió mi toque, porque al tocar yo diena, la repitieron los destacamentos que cubrían las torres de Santo Domingo y el Carmen, y echaron a vuelo las campañas.

El combate entre la trastienda y la tienda había sido muy reñido, porque como se prolongó mucho, tuvo tiempo la plaza de reforzar su destacamento de aquel lugar, con doscientos hombres del 9.º batallón mandados por su Teniente Coronel Don Manuel González, hoy General de División; pero afortunadamente ese gran número de fuerza no tenía por donde batirme, porque era muy estrecha la puerta que comunicaba a la tienda con la trastienda y no podía atacarme por la azotea porque lo impedía la altura de Santa Catarina, coronada de soldados nuestros y que estaba muy inmediata.

Después de más de media hora de combate y cuando había perdido en la trastienda nueve hombres, quedándome solamente tres y el corneta, y cuando me persuadí de que había fracasado la combinación, por no haber recibido el auxilio convenido, arrojé sucesivamente sobre la tienda granadas de mano encendidas para contar con algunos segundos que me permitieran retirarme sin ser perseguido, tiempo que fué muy corto porque Cobos, que permanecía en su escondite y que me vió pasar a mi regreso, dió inmediatamente aviso y ordenó la persecución, que se hizo desde luego.

En mi retirada, tuve la desgracia de perder el trayecto de las horadaciones, porque al sentir los soldados que yo había dejado apostados en el camino, que me retiraba, habían huído antes de que yo pudiera verlos, y en lugar de dirigirme al cuarto del zaguán, que era donde estaba la horadación de una de las casas, tomé para el segundo patio; pero por fortuna mía, la tapia no era muy alta y pude salvarla cuando ya tenía a la vista a mis perseguidores. Mi extravío sirvió para extraviarlos y me dieron el tiempo suficiente para entrar a mi línea de defensa. Los tres soldados y el clarín que me quedaban habían salido por la horadación, y con ellos se habían ido los que vigilaban el patio y debían mostrarme el camino. Así fracasó esta operación, que tantas esperanzas nos había dado de meter algunos víveres a las fuerzas sitiadas.

IX
ASALTO DE OAXACA
16 DE ENERO DE 1858

En la mañana que siguió al ataque de la esquina del Cura Unda, creció mucho la desmoralización entre los sitiados, que culminó al saber que el Gobierno se proponía retirarse para la sierra, rompiendo el sitio. Conocido ese propósito por los oficiales más jóvenes y belicosos, se formó un complot entre ellos de desobedecer esa orden y atacar decisivamente al enemigo que ocupaba la plaza. Ese complot llegó a conocimiento del Gobernador y del Coronel Mejía y como no estaban en condición de someternos, creyeron preferible castigarnos, poniéndonos a la cabeza de las columnas que debían asaltar la plaza.

Decidido el asalto se organizaron tres columnas de cerca de doscientos hombres cada una. La primera que debía atacar por las calles de Sangre de Cristo, Estanco y Sagrario, se puso a las órdenes del Teniente Coronel Don José M. Batalla, y como segundo al Capitán Don Vicente Altamirano; la segunda columna, que debía hacer un ataque paralelo por las calles del Carmen de Arriba, Campana y Colegio de Niñas, era mandada por el Teniente Coronel Manuel Velasco y por mí como segundo; y la tercera, que debía atacar por la calle de la Barranca, paralela también hasta la esquina de la Virgen de Piedra se puso a las órdenes del Teniente Coronel D. José M. Ballesteros, y como segundo al Capitán D. Luis Terán, quien hasta entonces había figurado como un joven modesto, dependiente de una tienda.

La primera columna se componía de las compañías de Cazadores del 1o. y 2o. batallón; la segunda de las compañías de granaderos del 1o. y 2o. batallón; y la tercera de las compañías 1a. y 2a. del tercer batallón. Había una columna de reserva que debía marchar a la retaguardia de las columnas de asalto, sobre la huella de la segunda que era la que atacaba el centro, y se componía de más de cuatrocientos hombres, mandados por el Coronel Mejía.

Al amanecer el día 16 de enero de 1858, salieron simultáneamente las tres columnas por las calles que se les había designado. A la mitad de la marcha de la primera columna, cayó mortalmente herido su jefe, Teniente Coronel Batalla, quien murió a pocas horas, y quedó gravemente herido el segundo jefe, Capitán don Vicente Altamirano. Sin embargo de esto, la columna siguió hasta la Plaza de Armas a las órdenes del Capitán don Mariano Jiménez. La segunda columna forzó la trinchera de la calle de la Cárcel, volteó el cañón que la defendía y marchó con él hasta el atrio de la Catedral. La tercera columna llegó sin obstáculo hasta la esquina de la Concepción y atacaba de flanco el Palacio, sin haber tenido que forzar más que una barricada de adobes que no tenía artillería. Detenida mi columna, que era la segunda, en la esquina formada por la Alameda del centro, Catedral y Portal del Señor se me incorporó la primera columna que había quedado sin jefe, y había penetrado forzando la trinchera del Estanco, pero toda en desorden.

En algunos ataques fracasados que intentamos por dentro del portal del Señor, nos mataron a algunos oficiales, sargentos y soldados, e hirieron gravemente al Teniente Coronel Velasco, jefe de mi columna, por cuya circunstancia recayó en mí el mando. Organicé una nueva columna con el personal de la mía y el de la primera que se me había incorporado sin jefes, y marché directamente al Palacio, por la Plaza y por el Portal del Señor, quedando en mi puesto la columna de reserva, cuya cabeza llegaba en esos momentos; mientras que el Capitán Terán avanzaba con parte de la tercera columna, por la calle de la Concepción, concurriendo conmigo a la esquina del Palacio, y atacándolo por la puerta del costado, cuando yo penetraba por la principal. El enemigo fué udamamente batido por las dos puertas del Palacio, lo cual lo determinó a abandonar su posición, quedando derrotado y perdiendo allí, entre muertos y heridos, muchos oficiales y tro-

pa, y dejándonos muchos prisioneros, de los cuales más de treinta eran jefes y oficiales.

El Teniente Coronel Don Manuel González (después General de División del ejército liberal y Presidente de la República en el cuatrienio de 1880 a 1884) salió en desorden con la tropa y oficiales del 90., por la cabecera oriental del portal del Palacio y allí fué confundido con nuestros soldados que perseguían a los que huían por esa calle. González llevaba como distintivo en el pecho una cruz roja, y al voltear la cara para coger su sombrero que se le había caído, fué visto por nuestros soldados que se disponían a disparar sobre él. cuando llegó al extremo de la calle, torció hacia el Sur por donde huían sus compañeros, y pudo así salvarse.

X

TEHUANTEPEC

JALAPA Y LAS JICARAS

25 DE FEBRERO Y 13 DE ABRIL DE 1858

Cobos y sus oficiales derrotados emprendieron camino para el Sur de Oaxaca, llegaron hasta Miahuatlán, y de allí se fueron a Tehuantepec, por la sierra de Huamantla. En Tehuantepec encontraron mucha aceptación en el pueblo que era esencialmente retrógrado y fanático, y fueron eficazmente auxiliados por el comerciante inglés Tomás H. Woolrich, cuya goleta, "La Elisa," había sido poco antes aprehendida por estar cargada con efectos de contrabando y después abandonada por el Gobierno, cuando éste se vió obligado a replegar muy violentamente a Oaxaca la guarnición de Tehuantepec. Woolrich facilitó a Cobos dos o tres mil machetes para trabajos de monte, que acababa de recibir con su contrabando, y una fuerte cantidad de pólvora que había entre sus mercancías, con la condición de que reorganizara sus tropas en Tehuantepec, aprovechando la buena acogida que allí había tenido, y le aconsejó que explotara a los principales comerciantes de ese lugar, muy especialmente Don Rafael Baquerizo, administrador de las Salinas; a Don Antonio Calzada y a Don Fernando Velázquez, cuya ruina quedó consumada por ese motivo.

Reorganizado Cobos por la decidida protección que encontró en Tehuantepec, amenazaba seriamente al Gobierno de Oaxaca, el cual se vió obligado a mandar prontamente una colum-

na que fuera en su persecución, y cuyo mando encomendó al Coronel Don Ignacio Mejía, Ministro de la Guerra en las administraciones de los Lics. Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada. Esta columna se componía de 700 hombres, poco más o menos, y se formaba de las compañías de cazadores y granaderos del primer batallón de guardia nacional del Estado, mandadas por su Teniente Coronel Lic. José M. Ballesteros, de las compañías de granaderos y cazadores del segundo batallón, mandadas por mí como capitán de granaderos; de las compañías de granaderos y cazadores del tercer batallón mandadas por su Teniente Coronel Don Alejandro Espinosa; de una sección de artillería de montaña mandada por el Teniente Don Nabor Bolaños y de un escuadrón de guardia nacional mandado por el Teniente Coronel Miguel Luna.

Emprendimos la marcha hacia Tehuantepec y al llegar a la Hacienda de Tapamala, supo el Coronel Mejía que había una avanzada de infantería y caballería en un rancho llamado "Las Vacas": y destacó al capitán Francisco Cortés con su compañía, que era una de las del 3o. y con un piquete de caballería. Este, como muy conocedor del terreno, batió al destacamento de las Vacas sorprendiéndolo por veredas que le permitieron llegar al rancho sin ser sentido por los puestos avanzados y los destruyó casi por completo.

Seguimos la marcha, y al pasar por la Hacienda de San Cristóbal, tuvimos noticia de que el enemigo se movía de Tehuantepec para encontrarnos, y en efecto, el 25 de febrero de 1858, antes de llegar al pueblo de Jalapa, comenzamos a ser tirroteados por su avanzada. Atacamos vigorosamente a su núcleo principal que estaba en el centro, habiéndose posesionado a, demás de dos montículos inmediatos al pueblo de Jalapa, y fué completamente derrotado, pues no pudo resistir el empuje de nuestros soldados que venían orgullosos de su reciente victoria en Oaxaca. El combate fué muy reñido, pues duró más de una hora y el número de heridos, tanto del enemigo como nuestros, nos obligó a permanecer dos días en Jalapa.

Cobos tenía en esa batalla cosa de 3 000 hombres, la mitad de ellos armados y la otra mitad sólo con machetes; traía cuatro cañones que la comisión liberal de Tehuantepec, al replegarse a Oaxaca, en diciembre de 1857 no pudo llevar consigo y los había dejado clavados; pero Cobos los utilizó y los perdió en la acción de Jalapa.

Cobos y sus oficiales emprendieron la fuga por el camino

de Jalapa a Huamelula, en donde pernoctaron ese día, después de haber hecho una marcha muy rápida y muy penosa. Como el Coronel Mejía había dado aviso a los juchitecos partidarios del Gobierno, que habían ya ocupado Tehuantepec aprovechando el abandono que de esa plaza hizo Cobos para salir a nuestro encuentro, una partida de juchitecos se puso rápidamente en marcha por camino extraviado, para el Rancho de Garrapatero, lugar por donde Cobos debía pasar. Llegó en efecto antes que Cobos, y sin ocupar la habitación del Rancho, se emboscó en el monte y encerró en el corral un buen número de vacas de ordeña, para provocar el apetito de los prófugos que a poco debían pasar por allí y seguramente con hambre. Así sucedió, al amanecer del día 26 de febrero, y cuando más de cuarenta personas de las que huían con Cobos, que casi todos eran jefes y oficiales, estaban a pie y ocupados en ordeñar las vacas, los juchitecos rodearon el corral y asesinaron a todos. Cobos, Don Manuel González y otros oficiales se salvaron de esa matanza, por no haberse detenido en el Rancho de El Garrapatero, temiendo que fueran perseguidos de cerca. Entre los muertos había algunos curas que seguían a Cobos en calidad de Estado Mayor o simpatizadores.

Continuó Cobos su marcha por toda la costa hasta San Pedro Mixtepec, en donde inclinándose al Noroeste, atravesó la Mixteca en esa dirección y salió a Tehuacán para unirse con los suyos que ocupaban la capital y algunas ciudades del centro de la República.

En cuanto a nosotros, después de tres días cargamos nuestros heridos, y materiales quitados al enemigo y emprendimos la marcha para Tehuantepec, en donde el Coronel Mejía se ocupó de reorganizar el Gobierno del Departamento.

Permanecimos cerca de tres semanas en Tehuantepec, e hicimos algunas salidas en persecución de las agrupaciones del enemigo, salidas que no tuvieron éxito alguno, porque éste se escondía en los montes cuando lo sorprendíamos.

Entretanto el Coronel Mejía recibió orden de volver con la brigada a Oaxaca, dejando un destacamento en Tehuantepec, y se le prevenía que volviera rápidamente porque tenía que marchar a Veracruz, por la sierra, para servir de escolta al Presidente Juárez que venía por el Pacífico y el Istmo de Panamá para establecer el Gobierno constitucional en Veracruz. El Coronel Mejía nombró Gobernador y jefe militar del departamento de Tehuantepec, al Teniente Coronel Ballesteros, que era el más

antiguo entre los jefes de filas con mando de fuerza, pero este jefe presentó muchas excusas llegando hasta anunciar su dimisión. Hizo la misma proposición al Teniente Coronel Alejandro Espinosa, y habiendo obtenido el mismo resultado, me habló de este asunto, rodeando su indicación de muchos encomios, ofreciendo que pronto vendrían auxilios eficaces en mi favor; y que antes de dos meses estaría él mismo de regreso con una columna para protegerme.

Manifesté al Coronel Mejía que mi deber era obedecerlo, pero autorizado por la explicación que bondadosamente me hacía respecto a la debilidad del enemigo y para que mi aceptación, hija del deber, no se atribuyera a ignorancia, le llamé la atención sobre el hecho de que de los 3,000 hombres que Cobos nos presentó en Jalapa, no habían huído con él arriba de 100, que todos los itsmeños quedaban allí; que tampoco nos habían dado arriba de 100 fusiles en el campo, que por consiguiente todas las armas y todos los hombres estaban en los pueblos y montañas del istmo y que si no se ponían en actividad, era por lo reciente de su derrota y por la presencia de la columna que él mandaba; pero que una vez retirada ésta y pasada la primera impresión de aquella derrota, se reorganizarían y constituirían un enemigo superior a la guarnición, temiendo muy fundadamente que las autoridades, tanto de la ciudad como de los pueblos del Departamento, fueran más afectas al enemigo que a nosotros, por causa de su fanatismo religioso y su hostilidad a Oaxaca. Le manifesté por último que sin embargo de estos serios peligros aceptaba el mando que me ofrecía y que haría cuanto estuviera en mi poder para sostener allí la autoridad y la honra del Gobierno. A pesar de todo, poco me imaginaba yo entonces lo difícil de la situación que aceptaba.

Fuí, pues, nombrado Gobernador y comandante militar del departamento de Tehuantepec, y quedaron a mis órdenes las dos compañías de mi batallón, cuyo mando se me había encomendado desde Oaxaca y cuyo personal no pasaba de 160 hombres, sin el Capitán de la de cazadores D. Vicente Altamirano, quien había quedado en Oaxaca curándose de las heridas que recibió en el asalto de esa plaza, el día 16 de enero anterior, pero se nos incorporó a poco.

Apénas se retiró de Tehuantepec la columna del Coronel Mejía, cuando comenzó a ser tiroteada la guarnición durante el día y la noche en los suburbios de la ciudad y algunas veces en las calles. Como al mes y medio de esta situación, los sublevados

se aproximaron una noche más formalmente a la ciudad, dando algunos toques de maniobra que indicaban el propósito de atacarla o de ponerle sitio, y en efecto, el enemigo había establecido su cuartel general en la Hacienda de "Las Jícaras" al otro lado del río y distante como dos kilómetros de la plaza. Después de esperar en actitud de defensa, y calculando que el enemigo reservaba sus operaciones para el día siguiente, salí sigilosamente en la noche del 12 de abril de 1858 con toda mi fuerza, dejando al cuidado del cuartel a un pequeño destacamento al mando del Teniente Juan Omaña y protegido por el Barrio de San Blas, que tenía algunas armas y era el único amigo que teníamos entre los quince barrios que forman la ciudad de Tehuantepec, y por veredas excusadas marché hacia la retaguardia del enemigo, hasta rebasar sus posiciones en más de una legua, y haciendo mi marcha a distancia de dos leguas poco más o menos de sus posiciones, con objeto de batirlo por su retaguardia por donde indudablemente no esperaba peligro alguno. La avanzada que cubría la retaguardia de la hacienda de Las Jícaras que fué completamente destruída, estaba mandada por el Capitán, ahora General, don Manuel Santibáñez, quien se salvó pasando el río a nado.

Tuve la fortuna de llegar, sin ningún inconveniente, cuando comenzaba a despuntar la luz del día 13 de abril de 1858, y así pude dar un asalto rápido y vigoroso, arrollando instantáneamente a la fuerza que cubría la hacienda de Las Jícaras, al grado de encontrar casi dormidos a muchos de los principales jefes y oficiales. Este asalto fué de grande importancia porque murieron en él los jefes más capaces que tenía el enemigo para organizar una revolución, como eran el Coronel José M. Conchado, de origen español y carlista; el Teniente Coronel José M. García, el Coronel Carballo y muchos oficiales subalternos.

El Coronel Carballo fué muerto por sus mismos partidarios, quienes se imaginaron en su suspicacia que este jefe nos había facilitado la sorpresa de Las Jícaras, porque él había tenido a su cargo en esa noche la vigilancia del campamento.

El Gobierno de Oaxaca me mandó como recompensa de la victoria de Las Jícaras, el despacho de Mayor de infantería.